

Índice

Introducción

- 1.- El debate actual
- 2.- Las causas de la inflación
 - 2.1.- Causas de la inflación en las corrientes políticas mayoritarias
 - 2.1.1.- Neoliberalismo: la inflación como fenómeno puramente monetario
 - 2.1.1.1.- Ubicación histórica del concepto
 - 2.1.1.2.- La restricción monetaria como política central
 - 2.1.1.3.- El neoliberalismo ignora los fenómenos objetivos de la moneda
 - 2.1.1.4.- Otras causas ignorada por el neoliberalismo
 - 2.1.1.4.1.- Derivadas de la corriente financiera
 - 2.1.1.4.2.- Derivadas de la corriente real
 - 2.1.1.5.- El origen de las falencias neoliberales
 - 2.1.2.- Populismo: inflación como producto de la puja distributiva
 - 2.1.2.1.- La justificación del emisionismo
 - 2.1.2.2.- Crítica al criterio populista
 - 2.2.- El grave error en la búsqueda de causas únicas
- 3.- Los efectos de la inflación
 - 3.1.- El efecto inflacionario único en la concepción neoliberal

- 3.2.- El efecto inflacionario único en la concepción populista
 - 3.3.- Los efectos objetivos de la inflación
 - 3.3.1.- Precios relativos
 - 3.3.2.- Funciones de la moneda
 - 3.3.3.- Sociales
 - 3.3.4.- De ajuste global
 - 3.4.- Reacciones ante la persistencia del proceso inflacionario
 - 3.4.1.- Algunos avances conceptuales
 - 3.4.1.1.- Multi-causalidad
 - 3.4.1.2.- Inercia
 - 3.5.- Una visión alternativa
 - 3.6.- Orientaciones para una política alternativa
 - 3.6.1.- Argentina en el entorno mundial
 - 3.6.2.- Las cuestiones estructurales
 - 3.6.2.1. Una pequeña digresión “estructural”
 - 3.6.3.- La instancia analítica
 - 3.6.3.1.- Diagnóstico integral
 - 3.6.3.2.- El acceso a la problemática estructural
 - 3.6.4.- La instancia de las acciones concretas con efecto directo
- A modo de cierre.

Introducción

El criterio para estas reuniones del 2023, resulta de intentar aplicar a problemas concretos, lo revisado en el periodo 2021-22 alrededor del diagnóstico, y de las políticas públicas. En aquellas reuniones, hemos intentado establecer, donde radican las gruesas falencias actuales. Hacemos un resumen.

Los debates en materia de ciencias de la sociedad y en la dimensión económica en particular, fallan por la base. Suponen la existencia de sólo relaciones causales. Esto coloca un cerco al debate, con graves derivaciones en las políticas recomendadas. Y esas limitaciones las encontramos, tanto en los estudios de origen académico como en los de origen político.

Ese criterio, en materia académica, convierte a las correlaciones estadísticas en el principal y único instrumento analítico. Pero éstas, solo pueden llegar a indicar las tendencias en las variables consideradas. Pero asumidas de manera aislada. Esta limitación es agravada al introducir, y contrabando, una clasificación en “causa” y “efecto”. Suponen no solo una mera correlación sino, una determinada y única dirección posible de esos fenómenos, cuando la esencia de los procesos resulta de su retroalimentación.

Esa diferenciación, entre “causa” y “efecto”, aun suponiendo su existencia, nunca podría ser identificada por medio de la estadística. La atribución de roles aparecen como “verdades evidentes por si mismas”, es decir, una construcción intuitiva, a partir de condicionamientos culturales.

Y todo justificado por un supuesto mandato académico: simplificar. Al menos en materia de ciencias sociales, se postulan modelos representativos de la realidad, “lo más estilizado posible”. Y se traduce en la búsqueda de causa y efecto únicos, o de importancia determinante.

Con un contexto cultural diferente, y no de “cancelación” como el actual, al menos podría debatirse su cientificidad. Bastaría comparar esa burda metodología con la utilizada en las ciencias con avances significativos. Éstos fueron logrados, no a partir de correlaciones estadísticas, sino del conocimiento teórico de sus procesos.

La indagación acerca de los procesos, cuando es aplicada a los fenómenos de la naturaleza, no solo goza de aceptación universal, sino también, viene produciendo los avances científicos más notorios: termodinámica, relatividad, cuántica, etc. Y en todos los casos con aplicaciones tecnológicas concretas verificadoras de sus asertos. Y no son sólo nuevas tecnologías. Éstas conllevan una elevada capacidad disruptiva, forzando cambios institucionales y culturales de corte radical.

Sin embargo, en materia de ciencias sociales, tanto la academia como la política, eluden esta vía, postulando una diferenciación radical entre la metodología de ambas. De hecho, desconocen la existencia de procesos autónomos en materia social. Los criterios usuales en ambas líneas de trabajo son de corte subjetivista y voluntarista. Todos los fenómenos del ámbito de la sociedad, nunca podrían resultar de procesos autónomos. Solo pueden surgir de acciones “buenas” o “malas”, identificadas mediante un cartabón ideológico, previo e intuitivo.

Y allí aparece un absurdo. Aunque diferencian de manera radical los procedimientos en ciencias naturales y sociales, su esquema basado en relaciones solo causales, se fundamenta en el prestigio detentado en siglos pasados, por la física newtoniana, de la cual surgió ese mecanicismo, hoy totalmente superado.

Sí existen diferencias notorias entre ambas ciencias. Pero se trata de procesos materiales, repetitivos y universales, en la naturaleza; y de procesos específicos a ser ubicados históricamente en la sociedad. En ambos casos, el punto de partida es el mismo: el conocimiento de esos procesos.

La limitación fundamental del criterio causal proviene de pensar todos los fenómenos en términos de causa-efecto. Y además, con una relación univoca y en una sola dirección posible. Una traslación de la física newtoniana, ya superada, a partir de Einstein y su concepto de retroalimentación espacio-tiempo.

Suponer la existencia independiente de causa y efecto, anula toda posibilidad de establecer hipótesis de una relación interdependiente donde los elementos intervinientes son causa y efecto de manera simultánea. Y esa retroalimentación, nunca podría resultar captada por vía de una correlación estadística, sino por una teoría coherente.

Y agravan las condiciones al introducir, en esa correlación, una dirección única (desde la causa hacia el efecto), imposible de determinar por vía estadística. Se trata de un supuesto intuitivo, introducido de contrabando.

Pero la influencia del mecanicismo va mucho más allá. Hace posible un debate centrado en la diferenciación de causas. Allí se aplican los criterios de simplificación y por ende la búsqueda de una causa única o al menos dominante. Y como los efectos dependen de esa causa única, también deberían resultar únicos.

Estos errores provenientes de la práctica académica, se potencian en la práctica política. Allí la instancia analítica es lisa y llanamente reemplazada por la ideología. El punto de partida es un concepto considerado absoluto e irrenunciable. Puede ser de libertades, ética, derechos naturales, nacionalismo, estado presente, etc. Y ese concepto, seleccionado de manera intuitiva, es decir moldeado en el marco

cultural, explicará, no solo el origen de los problemas, sino también definirá las recomendaciones a instrumentar.

Pero esas políticas ya estaban implícitas en el punto de partida. Solo han construido un pensamiento circular (petición de principio), absolutamente estéril para desentrañar una realidad inherentemente compleja. Sin embargo, en el actual contexto cultural, no solo gana adeptos. Genera una caterva de fanáticos, pues frente a la “diada problema-solución” todo aparece “calzando como un guante”.

Por el contrario, una aparente coherencia debería ser interpretada como “alarma temprana” de un posible y grave error. Deberíamos comenzar a sospechar de nuestro pensamiento, cuando en un mundo de naturaleza tan contradictoria, las piezas del “puzzle” armado en nuestro cerebro, encastran a la perfección.

También en la práctica política aparece la justificación de la simplificación. La misma practicada por el mundo académico. Pero en este caso, con un argumento de corte político: “para que las masas entiendan”, utilizado hasta el hartazgo por la izquierda del siglo XX.

No solo resulta una estigmatización de supuestas diferencias culturales. Es la fuente principal de los más graves errores. Aunque siempre comienza justificada por razones políticas (una “mentirita piadosa”), a fuerza de verbalizarla una y otra vez, genera el fenómeno conocido en psicología social como “ilusión de verdad”, transformándose de mera justificación, en una convicción profunda y guía de sus acciones políticas.

Tras la simplificación “académica” siempre encontraremos una causa y un efecto único o predominante. Tras la simplificación política causas y efectos pre-definidos a partir de criterios absolutos e irrenunciables: corrupción; entreguismo cipayo; falta de libertades, negación de derechos naturales, ausencia de estado presente, etc.

Se resaltan los aspectos subjetivos y voluntaristas de la acción humana. Más aun, se busca con fruición, su versión más extrema. Seleccionan un cartabón previo, una intuición moldeada en el contexto cultural, para clasificar las acciones humanas en “buenas” y “malas”. De allí también saldrán causas y efectos únicos o predominantes. Y de todo ese “pastiche”, surgen las recomendaciones en materia de políticas públicas. Es hora de gritar ¡¡socorro!!

Por cualquiera de esas vías, académica o política, el error está servido. Y no hablamos de “error” bajo la perspectiva del “otro”. Decimos “error”, porque el resultado concreto de esas acciones, en lugar de las “soluciones”, pretendidas por quienes las ejecutan, siempre logran el efecto diametralmente opuesto.

El punto crucial de los errores cometidos radica en la ausencia o distorsión de la instancia analítica (diagnóstico), provocada por las pautas culturales dominantes. Estas generan, o un diagnóstico sólo superficial, o su reemplazo por ideologías aplicadas de manera subjetivista y voluntarista.

La alternativa resulta de realizar un diagnóstico objetivo, es decir, un análisis de las condiciones materiales, ubicadas históricamente. De esa manera se abren puertas hacia un arco de políticas públicas radicalmente diferente. Estas nunca podrían surgir del cerebro de alguien, pues se trata de una percepción de la realidad a partir del condicionamiento cultural, es decir de manera intuitiva. Bajo ese tipo de criterio, el error resulta inevitable.

Por el contrario, a partir de las condiciones objetivas se disparan criterios en todas las direcciones imaginables. Allí sí la ideología asume un papel fundamental para diferenciar entre tendencias progresistas, conservadoras y regresivas. Permite seleccionar entre esas tendencias, y ejercer sobre ellas políticas coherentes de apoyo, bloqueo o quiebre. El papel de la ideología es muy importante, pero no para reemplazar la fase analítica, sino para otorgar coherencia a las acciones concretas.

Ejecutar ese reemplazo, produce el efecto inverso: incoherencia de las políticas. Allí aparecen políticas de un mismo gobierno, diametralmente opuestas en las diferentes dimensiones de la realidad: liberalismo económico junto a concepciones dictatoriales, progresismo económico junto a pautas culturales regresivas.

A fin de observar como juegan estos criterios alternativos, tomaremos problemas concretos para ejemplificar las distorsiones producidas por el entorno cultural y como orientar una salida alternativa. Comenzamos con el tema inflación. Y la elección no es casual. Se trata del tema ubicado al tope de las preocupaciones de los argentinos y con los debates más encarnizados.

1.- El debate actual sobre la inflación

La inflación en Argentina es un grave y generalizado problema. Sin embargo, observamos a su alrededor, sólo debates de falsos problemas y políticas erróneas. Y ambas provocan el versus de los objetivos proclamados. En lugar de “soluciones”, nos enfrentamos a su permanente agravamiento. Y esto no solo en el tema inflación. Se repite sistemáticamente frente al resto de los problemas más acuciantes: ausencia de crecimiento, condiciones de atraso, pobreza, etc.

En función de las pautas culturales vigentes, el debate sobre la inflación se realiza sólo alrededor de causas y efectos. La hipótesis de la existencia de procesos está totalmente ausente. Analizaremos en detalle ese debate actual

2.- Las causas de la inflación

Predominan las explicaciones mono-causales y todas ellas detentan las falencias analizadas en la introducción. Por su importancia política, las analizaremos para luego resumir los errores provocados tras esa búsqueda de causas únicas.

2.1.- Causas de la inflación en las corrientes políticas mayoritarias

A modo ejemplificativo vemos dos ellas. Pero no como producto de una selección arbitraria. Son los criterios sostenidos por las fuerzas políticas mayoritarias. El neoliberalismo sosteniendo la inflación como fenómeno puramente monetario y el populismo, para quienes la única causa posible de la inflación resulta de la puja distributiva.

2.1.1.- Neoliberalismo: la inflación como fenómeno puramente monetario

Analizamos el criterio neoliberal frente a la inflación, a través de su evolución histórica, la restricción monetaria como política central, su ignorancia de los fenómenos objetivos de la moneda, y del resto de causas (de la corriente financiera y real) y el origen de estas deformaciones.

2.1.1.1.- Ubicación histórica del concepto

El criterio neoliberal resulta del economicismo reinante durante siglos en el análisis de la realidad. En condiciones del predominio de una economía mundial basada en la relación metrópoli-colonia, y regulada mediante el patrón oro (siglos XVIII y XIX), el efecto inflacionario era desconocido.

Sin embargo, las crisis surgidas hacia fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, derivadas del surgimiento del capitalismo, tales como crisis financieras internacionales; la primera guerra mundial, gasto público en gran escala, etc., produjeron la ruptura del patrón oro; la recesión de los años '30; hiperinflación en algunos países europeos; y otras menores, arrasando con el esquema anterior.

En este contexto surgió la problemática de la inflación. La emisión monetaria como origen de la inflación, fue desarrollado en el ámbito académico de EE UU (Friedman) y adoptado por las corrientes neoliberales predominantes en la academia, medios masivos de comunicación, empresas y gobiernos. Los segmentos cruciales del aparato cultural.

2.1.1.2.- La restricción monetaria como política central

Un masivo intervencionismo estatal a nivel mundial a partir de las fuertes crisis en la primera mitad del siglo XX, estaban poniendo en tela de juicio al propio sistema capitalista. Esto provocó la reacción neoliberal, y su réplica consistió en ubicar el origen de la inflación en las **interferencias en el sistema de precios relativos** provocada por esas prácticas intervencionistas, evaluadas como una reacción **primitiva** frente a las crisis desatadas.

De allí derivan recomendaciones de políticas restrictivas a la emisión monetaria. De esa manera, ignoraban la presión ejercida por las distorsiones monetarias, cambiarias y fiscales provocadas por las crisis del capitalismo. Y con ello justificaron la necesidad de realizar ajustes, y evitar poner en tela de juicio al propio capitalismo como origen de las crisis. Y fueron crisis tanto en los países centrales como en la periferia. Y en ésta, la transferencia de las crisis desde los países centrales, potenciada por sus propias deformaciones estructurales.

Señalar como responsable la cuestión monetaria, no solo elude enjuiciar los efectos regresivos del capitalismo, sino también hace posible al costo social del ajuste, recaer sobre los eslabones más débiles de la sociedad. Por otra parte, su predominio cultural, hacía posible el chantaje académico. Quien lo niegue corría el riesgo de ser “cancelado” de ese ámbito.

Bajo un análisis objetivo, toda intervención en materia de política económica, ya sea por decisiones de única vez o por regulaciones permanentes (fiscal –gastos e impuestos-, monetaria, crediticia, de ingresos, laboral, etc.), siempre modificará los precios relativos, ya sea con efectos de progresividad o de regresividad. Pero esto es ignorado por el neoliberalismo cuando por intereses, esas medidas son consideradas “positivas”. P. ej., el caso de subsidios directos o indirectos a grandes empresas, incentivo o “vista gorda” a las manipulaciones monopólicas, etc.

Y no solo precios relativos modificados por todas las formas de política económica. Los procesos autónomos del capitalismo también los modifican. Pero esto jamás podrían admitirlo pues dejaría al desnudo la endeblez de su base teórica. Suponen un capitalismo con precios relativos estables, y niegan la existencia de procesos autónomos, modificatorios de ese status. No por casualidad, en su concepto, el capitalismo es “el fin de la historia”. Aunque admiten la evolución de los sistemas socio-económicos, el capitalismo representa su etapa definitiva.

A fin de eludir el debate, ubican el origen de la inflación sólo en la emisión monetaria: “la inflación es un fenómeno **puramente** monetario”. Y lo explican por la emisión derivada de la necesidad de financiar, políticas fiscales (déficit por exceso de gasto público), políticas monetarias del banco central y políticas cambiarias. Al motivo fiscal se le atribuye una importancia central y lo explican por un exceso en materia de gastos sociales, inversión en infraestructura, etc. En el caso monetario, derivado del déficit cuasi fiscal por absorción monetaria (pasivos remunerados, Leliq p. ej.); en el cambiario, subsidios a tipos de cambio múltiples.

2.1.1.3.- El neoliberalismo ignora los fenómenos objetivos de la moneda

Sin duda, una emisión indiscriminada por factores fiscales, monetarios y cambiarios, contribuye a generar presiones inflacionarias. El problema radica en la forma burda planteada por el neoliberalismo: la emisión como una especie de fuerza (mecanicismo causa-efecto), “empujando” físicamente la inflación. Describen sólo hechos de superficie e ignoran la existencia de niveles por debajo de ella, con innumerables desajustes expresados en la superficie bajo diversos formatos. Uno de ellos es el proceso inflacionario. Formas equivalentes resultan del desabastecimiento, déficit de divisas, desniveles de productividad, etc.

La emisión indiscriminada es uno de los factores presionando hacia la inflación. Pero solo uno entre múltiples procesos retroalimentados donde juegan, tanto factores objetivos como la formación de expectativas.

El caso de las expectativas funciona como una especie de “profecía auto-cumplida”. La influencia cultural neoliberal, con su descripción de la inflación como fenómeno “puramente monetario”, es de tal magnitud, que la sola observación de una aceleración de la emisión, supone devendrá en una inflación inevitable. Y los decisores de precios, provistos de esa información, reaccionan de manera “racional” y se anticipan con aumentos preventivos. Así convierten, a la inflación profetizada, en real.

Pero también, actúan vías reales. La mayor emisión no implica su distribución equitativa, sino de manera concentrada. P. ej., la emisión por el pago de intereses de bonos del estado y títulos de absorción monetaria a bancos; la emisión orientada a subsidios a la pobreza, desembocando en grandes empresas alimenticias.

Esos pesos en manos concentradas y poseedores de información privilegiada, en lugar de financiar inversiones para una mayor capacidad de producción, en las condiciones estructurales de la economía argentina, protegen sus activos financieros transformándolos en divisas.

Con solo derivar una pequeña porción de esa gigantesca masa monetaria hacia la compra especulativa de divisas presiona un mercado de cambios, por sí deficitario, creando brechas y afectando el proceso de inversión, dado el probable destino de fuga de esa dolarización de sus activos.

La devaluación diferencial, entre el dólar oficial y sus variantes especulativas, forman brechas, y éstas ejercen presión sobre la inflación, dadas las expectativas de devaluación y su soporte material: dependencia y bajo nivel de productividad.

A partir de esas condiciones deberíamos preguntarnos si el origen de esa inflación ha sido la emisión o la devaluación. Un proceso devaluatorio permanente debido, no solo a la presión de una demanda concentrada de divisas para ahorro y fuga, sino también a las deformaciones estructurales generando un diferencial de productividad respecto a la economía mundial. La emisión monetaria presiona hacia la inflación. Pero lo hace por vías indirectas.

El problema surge cuando se considera la inflación como un fenómeno “puramente” (exclusivamente) monetario. De allí se infiere la necesidad de evitar, a todo trance las intervenciones en la economía, en particular, la emisión monetaria y el control de precios. Con solo no emitir y dejar liberados los precios, el éxito de una política antiinflacionaria estaría garantizado. Aquí aparece la presión cultural imponiendo una simplificación compulsiva.

De hecho, el rechazo a toda emisión monetaria supone una relación mecanicista causa-efecto, descartando la existencia de efectos retroalimentados entre inflación y emisión y la intervención de cualquier otra fuente de presión inflacionaria. Están diseñando una política antiinflacionaria sobre una base única de restricción de emisión, cuyos efectos en términos reales en términos de crédito y gasto fiscal resulta claramente recesivo, generando un dilema adicional entre inflación y crecimiento. Incluso mediante el ejercicio del chantaje: “Elijan, inflación o ajuste”.

2.1.1.4.- Otras causas ignoradas por el neoliberalismo

Existen otras causas de la inflación, ignoradas por el neoliberalismo, provenientes tanto de la corriente financiera como de la corriente real de la economía. Incluso sus versiones extremas (“monetarismo”) ignora causas ubicadas dentro del propio ámbito monetario.

2.1.1.4.1.- Derivadas de la corriente financiera

El efecto inflacionario radica no solo en la oferta monetaria (emisión) sino también en la demanda monetaria (absorción). Si partimos de la propia ecuación básica de la teoría monetarista: $M \times V = P \times T$ (cantidad de moneda multiplicada por la velocidad de circulación equivale a los precios multiplicado por las transacciones), veremos cómo el proceso se auto-reproduce, aun en condiciones de fuerte restricción monetaria.

En situaciones inflacionarias, los agentes económicos aumentan la velocidad de circulación a fin de reducir el tiempo de exposición al impuesto inflacionario (huida del dinero local). Por lo tanto, aun minimizando la emisión, ésta es reemplazada e incluso superada por una mayor velocidad de circulación. Ésta sólo depende de las decisiones de los agentes económicos, e inaccesible para el Estado pues solo puede manipular la emisión. Ese aumento en la velocidad de circulación, resulta equivalente a expandir la moneda mediante una emisión adicional, provocando tensiones inflacionarias, aun en contextos de restricción de la emisión y del crédito.

A la inversa, un aumento de la demanda de moneda, por un mayor nivel de actividad o por decisiones de ahorro en moneda local, funciona como absorción monetaria, y compensa una eventual mayor emisión equivalente, sin efecto inflacionario alguno. El caso típico es el de EEUU y será analizado más adelante.

2.1.1.4.2.- Derivadas de la corriente real

Pero estos efectos pro inflacionarios, no solo existen en la corriente financiera. También interviene su interrelación con el flujo real, e incluso hacia adentro de ese mismo flujo. Entre los primeros se destaca el desacople entre las corrientes real y financiera de la economía. La crisis mundial iniciada el año 2008 en los países desarrollados, es un claro ejemplo de ese tipo.

También son inflacionarios los descalces dentro de la corriente real. Son tales como los derivados de las relaciones inter-industriales (entre bienes de capital, insumos intermedios y bienes de consumo) entre la productividad y competitividad de sectores y regiones, y entre la economía nacional y el mercado mundial. El caso más habitual es una devaluación para salvar la brecha de productividad con la economía mundial, y su consiguiente efecto inflacionario

Además provocada por deformaciones estructurales provenientes de descalces, a nivel mundial, tales como crisis económicas, financieras, guerras, calentamiento global y pandemias. Existen casos históricos de inflación mundial por aumento de precios de los insumos generalizados debido a factores geopolíticos (metales, hidrocarburos, alimentos, etc.).

En varios periodos históricos se destacó el aumento del precio del petróleo. Actualmente de la energía y los alimentos, a partir de la invasión rusa a Ucrania. Un caso similar surgió a partir de la inevitable necesidad de emitir dinero para cubrir gastos sociales de emergencia (salud y alimentación) derivados de una estrategia sanitaria de restricción de actividades frente a la pandemia.

Y frente a una inflación, derivada del circuito real, se cometen errores típicos de la concepción monetarista de la inflación. Sólo apelan a la tasa de interés a fin de incentivar el ahorro o el consumo a fin de variar la velocidad de circulación de la moneda. Y cuando aumentan la tasa de interés, para limitar el crecimiento de precios, terminan sacrificando el crecimiento de la economía.

En todos esos casos se trata de deformaciones estructurales alimentando el proceso inflacionario, ignorados por el criterio neoliberal, y poniendo en ridículo su eterna cantilena de no emitir, cualquiera resulte el origen de la inflación, pues sería su causal, exclusiva y excluyente.

Aun cuando esta restricción pueda detener temporariamente el efecto inflacionario, provoca recesión y deformaciones adicionales intra e inter flujos. P. ej., el impacto del aumento de tasas sobre las empre-

sas. A mediano y largo plazo, se convertirán en nuevas fuentes de presión inflacionaria con efectos regresivos.

2.1.1.5.- El origen de las falencias neoliberales

Existen decenas de causas posibles alimentando el proceso inflacionario. Sin embargo, quedan fuera de ese ángulo de visión debido a definiciones previas basadas en una visión subjetivista, voluntarista y simplificada del mundo. Sobre todo en el caso del neoliberalismo, pues ha desplegado toda su base teórica a partir de una teoría subjetiva del valor, creada de manera consciente, en oposición a las corrientes objetivistas.

Fue la denominada escuela austriaca, elaborada hacia fines del siglo XIX con el objetivo de contrarrestar los efectos políticos de una teoría objetiva del valor, ya considerada, de manera implícita por los clásicos (Adam Smith y David Ricardo), y luego desarrollada por Marx. Una de las ramas actuales de aquella escuela austriaca es el neoliberalismo.

Sin embargo, el fenómeno monetario, como una causa más de la inflación, también es posible de deducir a partir de una teoría objetiva del valor. La expresión más acabada de esto la encontramos en el propio Marx, a quien nadie, en su sano juicio, podría acusar de influencias neoliberales.

En su obra magna, “El Capital”, luego de una introducción sociológica y antropológica sobre el papel de la transformación de los bienes de uso en mercancías, en la etapa del capitalismo, el primer tema estrictamente económico analizado, es la relación mercancía-dinero. Supone, entre ellos, una relación teórica necesaria.

De allí resulta posible deducir, que toda distorsión de esa relación, en términos empíricos y macroeconómicos (corrientes real y financiera), provocada, o por procesos autónomos, o por políticas erróneas, generará efectos negativos sobre el funcionamiento del capitalismo. Todo descalce entre ambos flujos, cualquiera fuese el origen, provocará deformaciones en el sistema. Y la inflación, sin duda, es una de ellas.

El grave error del neoliberalismo en materia inflacionaria resulta, no de considerar la causa monetaria de la inflación sino, de una radical eliminación de toda otra causa. Además establecen, en lugar de una interacción, una relación mecanicista entre esa causa y su único efecto sobre los precios relativos.

Si reconocieran otras causas y otros efectos, estarían aceptando la existencia de cambios en los precios relativos debido no solo al intervencionismo (política económica), sino también provocadas por los procesos autónomos del capitalismo (concentración, crisis financieras, de sobre-inversión y subconsumo, globalización, dependencia, etc.). Incluso inflación a raíz de las pautas culturales propias del capitalismo (consumismo, depredación del medio ambiente, etc.). Pero ese reconocimiento resulta imposible pues derrumbaría toda su construcción.

2.1.2.- Populismo: inflación como producto de la puja distributiva

Aparece como el versus de la causa monetaria. Pero el versus de un absurdo sigue siendo un absurdo. Lo interpretamos como una reacción infantil a políticas neoliberales de neto corte regresivo. De allí surgen estos criterios de puja distributiva, no como una hipótesis para construir una teoría, sino para justificar políticas de expansión monetaria destinadas a mitigar los graves efectos sociales del capitalismo y entre ellos, de la propia inflación.

Suponen posible, mediante la emisión de dinero, poder crear y distribuir “riqueza”. Y como esta política emisionista transcurre en el tiempo, para el periodo de transición, se postula ir salvando el problema, mediante el control de precios y la actualización de los ingresos.

2.1.2.1.- La justificación del emisionismo

Fundamentan ese emisionismo en la experiencia histórica estadounidense, y en particular su práctica a partir de la crisis del 2008. De manera objetiva, ese país, aunque practicó una política de emisión en escala cósmica, al menos durante un largo periodo posterior, no provocó inflación alguna, ni nadie le adjudicó la inflación actual en ese país.

Sin embargo, con solo ampliar la visión del papel de la moneda, desde la mera emisión, al análisis de la corriente financiera, encontraremos la explicación de ese fenómeno. Solo debemos tener en cuenta emisión y absorción monetaria. En cualquier país del mundo cuando la emisión de moneda local resulta absorbida por una mayor demanda monetaria (para transacciones, ahorro, etc.), atenúa e incluso puede llegar a anular el efecto inflacionario. A la inversa, la presión inflacionaria será inevitable.

Y en ese sentido, el caso de EEUU, por razones históricas, es único en el mundo. Su emisión de moneda y bonos, cubre desde hace décadas, enormes y permanentes déficits fiscales y externos. Pero no solo es absorbida por ahorro y mayor nivel de actividad interna, sino también porque su moneda resulta reserva de valor para los gobiernos y agentes económicos privados del resto del mundo. Esto convierte en cero su velocidad de circulación, anulando todo efecto inflacionario.

Mientras esa demanda de dólares del resto del mundo se mantenga, el país emisor de esa moneda, mantendrá el privilegio de emitir a destajo sin efecto inflacionario alguno. Incluso si por cualquier circunstancia, esa tendencia se revierte, Estados Unidos está en condiciones de manipular alguna forma de devaluación, y su costo social, recaerá sobre esos tenedores extranjeros de su moneda.

2.1.2.2.- Crítica al criterio populista

Bajo la influencia de la misma cultura dominante, el populismo tiene una visión superficial del fenómeno donde sólo reinan relaciones causales y en una sola dirección posible. En este caso, la inflación es adjudicada sólo a la puja distributiva, agravada por los procesos de concentración del capital. Es postulada como diametralmente opuesta al criterio neoliberal, y supone habilitar la vía para realizar políticas opuestas, tales como emitir a destajo y controlar precios.

Y si la causa de la inflación es única, también resulta único su efecto: pérdida de ingresos (salarios, jubilaciones, planes sociales, empresas pyme) en términos reales, pues aun cuando se incrementa, lo hace por debajo de la inflación. Por ende, con políticas públicas de actualización de ingresos (paritarias libres e incremento de jubilaciones, transferencias sociales y subsidios a pymes), para balancear la situación social, resulta suficiente para contrarrestar ese único efecto negativo.

De ese modo, la inflación como problema, pasa a un segundo plano. Sin embargo, ignorar el resto de efectos, hace posible a esas políticas, permitir a la inflación proseguir produciendo el resto de efectos e incluso contribuir, a mediano y largo plazo, a incentivar el proceso inflacionario.

Nadie se pregunta el porqué, actualmente en Argentina, a las puertas de una mega inflación de 3 dígitos, los sindicatos consiguen actualizar los salarios, aunque siempre por debajo del ritmo inflacionario, con sospechosa “facilidad”. La respuesta: para las empresas, otorgar, y rápidamente esos aumentos, forma parte de una estrategia a fin de reemplazar y/o incrementar su rentabilidad por vía del proceso inflacionario. Sobre todo en un país como Argentina, donde las deformaciones de la corriente real (productividad, competitividad, dependencia, ausencia de integración sectorial y regional, etc.) le impide efectivizar esa rentabilidad por medio de los métodos clásicos del capitalismo (diferencial de productividad del trabajo, competitividad comercial, etc.) prevaleciente en los países centrales.

Esos aumentos salariales justifican sus políticas de aumentos generalizados de precios. Y en los meses sucesivos lo terminarán licuando, y por ende, reduciendo su costo, a fin de reemplazar y/o incrementar los beneficios obtenidos de manera convencional. A pesar de las permanentes actualizaciones, todas

las mediciones en términos de ingreso real (ingresos deflactados por inflación) arrojan pérdida en todos los casos de ingresos de origen laboral o social.

La corriente del populismo supone una inflación solo originada en los problemas distributivos propios del capitalismo y posible de compensar por vía de una intervención estatal orientada a la actualización de ingresos. De paso, están rechazando de plano todo otro origen. Y justifican como política económica realizar el *versus* de las recomendaciones del neoliberalismo, es decir, el emisionismo, pues nunca podría resultar fuente de inflación.

Se trata de una grotesca parodia de las políticas de Estado de Bienestar típicas de la Europa de la segunda mitad del siglo XX. Pero aquellas, estaban basadas, no en la emisión arbitraria, sino en definidas políticas fiscales en base a impuestos progresivos sobre riqueza ya creada, a fin de financiar gastos sociales. Incluso actualmente, ese tipo de política, detenta serias limitaciones derivadas del cambio tecnológico en los países avanzados y la profundización de las deformaciones estructurales en la periferia.

2.2.- El grave error de la búsqueda de causas únicas

Las políticas surgidas de ambas causas, tanto la restricción monetaria y liberación de precios del neoliberalismo, como la emisión indiscriminada y control de precios para el populismo, fracasan y de manera sistemática, pues aun cuando logren su objetivo, neutralizando esa causa y/o ese efecto, ignoran el resto de causas y efectos, y éstos siguen actuando libremente. Y no bajo una relación mecanicista de causa-efecto, sino de manera retroalimentada, acumulativa, y en dirección hacia puntos de inflexión, posibles de transformarse en puntos de no retorno.

Pero en la mayoría de los casos, esas acciones convencionales, ni siquiera se dirigen hacia la eliminación de esa causa y efecto único. Se orientan sólo a atenuar el efecto. Y pueden llegar a conseguirlo, aunque de manera solo temporal. Nunca podrían quebrar esos procesos. Por ende, un regreso hacia las condiciones anteriores, resulta inevitable y agravado.

Más aun, esas visiones arbitrariamente simplificadoras, al ignorar la existencia de causas estructurales, desechan todo efecto situado más allá de la pérdida del salario real o la modificación de los precios relativos. De esa manera permiten, al resto de efectos, seguir socavando las estructuras en todas las dimensiones de la realidad.

Las políticas, tanto de emisión restringida como indiscriminada, de liberación o control de precios, provocan efectos, en todas las dimensiones y no solo en la económica. Sin embargo el economicismo superficial reinante en ambas corrientes, los lleva a ignorar el resto de dimensiones, sus diversos niveles y los factores estructurales subyacentes.

3.- Los efectos de la inflación

La preeminencia en el debate del análisis unilateral de las causas y efectos, resulta un claro indicador de las deformaciones culturales existentes, y nos advierte respecto a la necesidad previa, de esclarecer la amplia gama de efectos objetivos de la inflación. Un elemento crucial para desentrañar los graves errores cometidos y orientar alternativas.

Por su preeminencia política, el debate está centrado en la disputa entre las corrientes neoliberales y populistas. Ambas suponen causas y efectos únicos o dominantes. Y los choques se producen alrededor de la “verdadera” causa de la inflación, o por emisión o por puja distributiva. A la vez, sus efectos serían únicos y derivados de una mera deducción lógica de esas causas.

3.1.- El efecto inflacionario único en la concepción neoliberal

El neoliberalismo sostiene como causa única de la inflación, la emisión monetaria: “la inflación es un fenómeno puramente monetario”. Esto supone un efecto negativo único o principal: la modificación

de los precios relativos. Sin embargo, ponen el acento en la causa y eluden debatir sobre sus efectos, pues pondría al descubierto la endeblez de todo su esquema.

Suponen una libertad de mercado fijando por sí misma, los “verdaderos” precios relativos. Una vez liberados, tenderán a balancearse mediante la “mano invisible”. Y a partir de ese punto ya no se modifican (quizás debieran decir: “no deberían modificarse”). De allí su conclusión de no solo restringir la emisión monetaria sino también, eliminar toda intervención en el sistema de precios generalizada en el mundo a partir de la crisis de 1929. Se trata de una intervención basada en un sistema de “anclas”: congelamiento de precios; atraso del tipo de cambio, “pisar” las tarifas de los servicios de infraestructura, etc.

Eluden el debate de efectos pues toda la gama de política económica modifica el sistema de precios relativos: precios, impuestos, gastos públicos, crédito, regulaciones laborales, planes energéticos, etc. Incluso por las propias políticas de liberalización planteadas por ellos.

Y no solo se modifican por todo tipo de política económica, sino también por la existencia de procesos autónomos inherentes al propio sistema capitalista. Estos forman parte de las estructuras subyacentes tras la evidencia de superficie tales como el cambio tecnológico, desniveles de productividad entre sectores y regiones, distribución regresiva del ingreso, y factores internacionales: globalización, dependencia, crisis internacionales, guerras, ambiente, pandemias, etc.

Bajo el supuesto de una modificación de precios relativos sólo posible por políticas intervencionistas, las políticas neoliberales se orientan, de manera prioritaria hacia la restricción de la emisión monetaria y la liberación de precios. Sin embargo, con emisión o restricción monetaria, con precios controlados o liberados, los procesos estructurales prosiguen su marcha implacable, distorsionando los precios relativos.

Pero reconocer esto no solo derrumbaría su aparato teórico con eje en precios relativos estables, sino también deberían reconocer los efectos perversos sobre el crecimiento y la distribución del ingreso, producidos por sus políticas neoliberales.

3.2.- El efecto inflacionario único en la concepción populista

Por su parte, el populismo ubica la causa de la inflación en la puja distributiva potenciada por el proceso de concentración. Esto supone un efecto único o principal de la inflación, en este caso, no eludido sino explicitado: la pérdida de poder adquisitivo del ingreso por parte de los eslabones más débiles de la sociedad (salario, beneficios previsionales, subsidios sociales, ingresos de micro y pequeñas empresas).

Frente a ese efecto (único o principal), la recomendación central es realizar políticas laborales (paritarias), sociales (actualización de jubilaciones y subsidios), y productivas (apoyo a micro y pequeña empresas) destinadas a neutralizar el efecto de deterioro de ingresos. Por esa razón, en sus programas económicos, la inflación pasa a resultar una cuestión secundaria y “soportable” por la sociedad, mientras estén presentes políticas compensatorias, sobre las cuales se pone el acento.

Y ambas corrientes, al ignorar el resto de efectos, generar políticas, no para quebrar esa única causa de la inflación sino solo para atenuar sus efectos, ya sea en los precios relativos como en la regresividad social. Mientras tanto la inflación prosigue libremente su proceso de reproductivo. Una verdadera trampa de la cual solo se podría salir, quebrando esos procesos generadores de las deformaciones estructurales. Nunca nada podrá hacerse, si el punto de partida es la negación de su existencia.

3.3.- Los efectos objetivos de la inflación

Hemos visto como, tanto los criterios académicos convencionales (diagnostico solo en base a relaciones causales), como los de origen político (reemplazo del diagnóstico por la ideología), y ambos a partir de un supuesto mandato de simplificación, orientan la búsqueda hacia causas únicas o dominantes. Los “efectos”, derivados de esas causas también serán únicos o dominantes.

Todo el debate actual está centrado en causas y efectos únicos de la inflación. En ese esquema, jamás sería posible la existencia de varias causas y efectos y su retroalimentación. Por ende, las recomendaciones surgidas de ellas, sólo giran alrededor alternativas polares: emisión libre versus restricción monetaria; control de precios versus liberación de precios, y solo destinadas a atenuar los efectos.

Por el contrario, si en lugar de suponer relaciones causales y una supuesta exigencia (académica y política) de simplificación, partimos de otros supuestos, los resultados serán radicalmente diferentes. P. ej., partir del supuesto de una realidad altamente compleja, donde múltiples causas y efectos se retroalimentan de manera simultánea, nos orientará hacia efectos múltiples sobre todas las dimensiones y niveles de una realidad inherentemente compleja.

Los efectos de la inflación son múltiples, pero nunca asumidos por las corrientes políticas prevalecientes. A ese espectro de efectos lo resumimos en: distorsión de precios relativos; deterioro de las funciones de la moneda, regresividad social y efectos globales de ajuste.

3.3.1.- Precios relativos

La modificación de precios relativos se produce en todas las dislocaciones. En la dimensión económica: niveles de ingresos, factores de la producción, niveles tecnológicos, sectores productivos, regiones geográficas, flujos, dimensión de empresas, nación-mundo, etc.

Esos cambios implican ***gigantescas transferencias de ingresos***. Entre empresarios y trabajadores, entre bajos y altos ingresos, entre empresas modernas y atrasadas, entre economías regionales y metrópolis, entre dimensiones de empresas, entre el flujo real y financiero, entre eslabones del proceso productivo, entre productores y consumidores, entre nación y mundo, y así hasta el infinito. Y todos ellos con poderosos impactos, y no por casualidad en condiciones capitalistas, siempre regresivas. Y actuando sobre todas las dimensiones de la realidad: económica, social, institucional, ambiental, biológica, etc.

En la dimensión económica con efectos negativos sobre el crecimiento; en la dimensión social, polarizando ingresos; en la dimensión institucional, afectando la democracia; en la ambiental generando calentamiento global, en la biológica, creando pandemias y nuevas enfermedades.

En el plano específicamente económico, tenemos cambios en los precios relativos entre productos agropecuarios e industriales, entre bienes físicos y servicios, entre productos nacionales y extranjeros, entre salario y dólar; entre dólar oficial y paralelo, etc. Todas esas brechas contribuyen a profundizar las deformaciones estructurales tales como, dependencia, productividad, competitividad, etc.

3.3.2.- Funciones de la moneda

A partir de Marx, ***todas las escuelas económicas*** reconocen las funciones diferenciales de la moneda en su etapa capitalista: reserva de valor, unidad de medida y medio de pago. La inflación, en su trayectoria ascendente, deteriora e incluso va anulando cada una de estas funciones. Su importancia política deriva de su significado en términos de soberanía monetaria. Y en la medida de su deterioro, hace cada vez más difícil, realizar política económica alguna, pudiendo llegar hasta el límite. Es el caso de una pérdida total de esas funciones, y conlleva la imposibilidad total de realizarlas en cualquier sentido imaginable.

Niveles de inflación de un dígito ***anual***, comienzan a deteriorar la función de reserva de valor. En niveles superiores (2 dígitos) ya anula esa función. El ahorro se deja de realizar en moneda nacional y

comienza a constituirse en divisas cuyo grueso, tiende a convertirse en “fuga de capitales”. Es una “fuga”, tanto institucional (del sistema bancario hacia cajas secretas), como de tipo física, hacia el exterior, afectando los procesos de inversión, el crecimiento y la distribución del ingreso.

Se trata de excedente económico generado en el país, pero volcado a inversiones y/o su financiamiento, en otros países. No solo el país afectado pierde capacidad de inversión, y su financiamiento, sino también capacidad de emisión monetaria. El versus de esa fuga de capitales es el ahorro en moneda nacional, y éste funciona como instrumento de absorción monetaria. Y permite emitir, pues neutraliza el efecto inflacionario, *sin costo social alguno*.

En niveles más altos, p. ej., una mega inflación de 3 dígitos, ya anula la moneda como unidad de medida. Empiezan a aparecer precios de inmuebles y bienes estratégicos con valores en divisas. Y en niveles de hiperinflación (cuatro y más dígitos), ya no solo desaparece como unidad de medida sino también comienza a exigirse divisas como medio de pago. En ese sentido, en la economía argentina ya aparecen señales de alta peligrosidad: precios de vestimenta importada anunciados en dólares y ofertas de pago de sueldos en dólares a posiciones claves en las empresas.

En condiciones de mega o hiperinflación, el lapso entre recibir la moneda nacional y transformarla en divisas, aun siendo el más corto imaginable, podría generar altas pérdidas. En ese caso, estamos en presencia de un proceso de dolarización accidental o formal que implica aceptar e incluso legalizar esa pérdida de funciones. Lo revisaremos en particular en la próxima reunión

3.3.3.- Sociales

Los procesos inflacionarios producen efectos regresivos. Y proporcionalmente mayor en los sectores de ingreso fijo (trabajadores activos, pasivos y beneficiarios de subsidios sociales) debido al retroceso de sus ingresos respecto al precio de los bienes y servicios, transformándose en pérdida de su poder adquisitivo.

Aun mediando un sistema de ajuste “perfecto”, donde mes a mes, los ingresos fijos se ajustan por la inflación, se produciría una merma del ingreso. Podemos traducir gráficamente ese proceso. Si trazamos curvas de inflación y salarios, ambas se diferencian pues debo representar la inflación con una línea continua, y los ingresos con una línea quebrada.

Bajo la línea continua de la inflación, siempre habrá un espacio respecto a los “escalones” del ingreso fijo mensual. Esa área representa la perdida inevitable de ingresos en términos reales. El ingreso al final de cada mes debe ser gastado a lo largo del mes siguiente mientras sigue creciendo. Si es de 2 dígitos (alta inflación) semana a semana; de tres dígitos (mega inflación), día a día; y de 4 o más dígitos (hiperinflación), hora a hora.

Y esto no es solo es una problemática de los ingresos fijos. También esos niveles de inflación generan pérdidas en los ingresos variables de otros factores de la producción. Los precios relativos, dadas la deformaciones estructurales crecen a distintas velocidades según su ubicación en el proceso productivo (forma del mercado, tipo de consumo del producto, dimensión de la empresa, región de localización, tipo de insumo, etc.) produciendo cambios en los precios relativos a nivel sectorial y regional.

El avance o retraso de algunos precios respecto a otros, modifican las condiciones sociales, tanto de empresarios como de trabajadores en determinadas regiones o sectores. También afecta la dimensión social, la modificación de los precios relativos de los factores de producción de la pequeña y micro empresa respecto a la gran empresa; de todas las empresas por la modificación de precios relativos entre las economías periféricas y los precios de la economía mundial, definidos por los países centrales.

Y no solo cambios en el proceso productivo. También en el consumo. Sobre todo en los niveles de ingresos medios (trabajadores con altos salarios, pequeños empresarios, etc.), donde los procesos inflacionarios obliga a renunciar a gastos de identificación social.

Amén de la dimensión económica, los precios relativos tienen efectos muy definidos en otras dimensiones. Solo basta analizar el diferencial de ingresos entre trabajadores formales e informales, el salario por género, entre actividades públicas y privadas, etc. Todos estos descalces de ingresos, son provocados, no solo por las políticas desarrolladas sino también por procesos autónomos.

3.3.4.- De ajuste global

La potencia de los efectos de la inflación también resulta notoria cuando actúan como instrumento de ajuste global. Las crisis regresivas del capitalismo potenciadas en la periferia por deformaciones adicionales, generan problemas estructurales. Y en la superficie aparecen bajo la forma de ausencia de crédito, déficits fiscales y de divisas, baja productividad, etc. La inflación, en ese tipo de casos tiene como efecto, “ajustar” todas las variables económicas a esas deformaciones, en particular, los niveles de ingresos.

Aceptar de hecho, la existencia de condiciones inflacionarias, incluso bajo el disfraz de “combates antiinflacionarios” sin resultado alguno, implica utilizar esas condiciones para realizar un “ajuste” silencioso, a fin de evitar los problemas políticos derivados de medidas explícitas de “ajuste”, tales como la restricción a la emisión monetaria, al crédito, reducción del gasto social, desregulaciones laborales, previsionales e impositivas, etc.

Este tipo de ajuste es practicado por las corrientes populistas. En lugar de intentar resolver los problemas estructurales, realizan ataques superficiales a la inflación acompañado de políticas compensatorias del único efecto considerado: la pérdida de ingresos reales de trabajadores, jubilados y receptores de subsidios. De esa manera, el ajuste mediante la inflación, prosigue su marcha a través de la licuación del gasto público social, de infraestructura, etc., mientras “recauda” el impuesto inflacionario

Sin tocar un solo “pelo” a los problemas estructurales, el proceso inflacionario puede proseguir libremente su curso. Aunque paliado por las políticas compensatorias produce un ajuste global de adecuación a las deformaciones estructurales. En lugar de corregirlas, se las considera inamovibles y solo se trata de paliar la pérdida de ingresos reales de los grupos de menores ingresos. Mientras tanto, el proceso inflacionario prosigue su curso y adapta el conjunto de la sociedad a las distorsiones estructurales. Un “ajuste silencioso” o implícito, no demasiado diferente al ajuste explícito de la corriente neoliberal.

El neoliberalismo también acepta las deformaciones. Pero, las supone “virtuosas” pues habrían sido modeladas por la “mano invisible del mercado”, y por ende, óptimas por definición. A partir de ello, recurren a técnicas de ajuste explícitas a fin de adaptarse a esas deformaciones. Y ambas terminan coincidiendo, en el “ajuste”.

3.4.- Reacciones ante la persistencia del proceso inflacionario

Toda la gama de efectos de la inflación producen reacciones diferenciales según la ubicación económico-social del grupo afectado y sus ideologías prevalecientes. De esa manera, los efectos sociales de la inflación y de todo tipo de crisis se disparan en todas las direcciones. Nunca en un solo y definido curso progresista, tal como lo concibió erróneamente, la izquierda prevaleciente en el siglo XX.

Por ende, la inflación no genera, necesariamente, intentos de cambio progresista, sino efectos múltiples. Cuando son incorrectamente interpretados, llevan a una confusión política en gran escala, pues allí se entremezclan tendencias progresistas, conservadoras y regresivas. Y en la experiencia histórica, frente a casos de mega e hiperinflación, prevalecen efectos políticos regresivos e incluso bajo sus formas más extremas. Una política progresista debería comenzar por desentrañar esa madeja. Pero significaría reali-

zar una autocrítica, algo casi imposible, cuando se todo el pensamiento se encuentra bajo orientaciones subjetivistas.

3.4.1.- Algunos avances conceptuales

Las falencias de las orientaciones predominantes (neoliberalismo y populismo) derivan de una concepción cultural, donde por prejuicios, tanto “académicos”, como “políticos”, aplican al conocimiento del entorno, una concepción subjetivista, voluntarista y simplificadora.

Y en política, tiende a llevarse al extremo, y portado como “timbre de honor” de lealtad a los principios declamados. Pueden ser defensa de la ética, del nacionalismo, de los derechos naturales, de las libertades, del estado presente, etc.

Consideramos válidos estos criterios en tanto resulten aplicados a otorgar coherencia a las acciones concretas. Sin embargo, la necesidad compulsiva de simplificar, hace posible su versus: burdas incoherencias en las acciones concretas. Allí es donde aparecen liberales en economía con ínfulas dictatoriales en materia cultural, progresistas en economía pero rechazando las libertades políticas, etc.

Quienes aducen basarse en fundamentos “académicos”, responden a la misma influencia cultural. Existirían verdades “evidentes por sí misma”, y por ende no sujetas a debate alguno. Y potenciada por la necesidad de simplificar, principio al que atribuye el carácter de mandato científico. P. ej., la existencia de solo relaciones causales en el seno de la sociedad. El mismo pantano donde desembocan las fundamentaciones “políticas”.

Estas condiciones culturales afectan a las corrientes académicas y políticas, y conllevan la búsqueda de una causa y un efecto único, o al menos, dominante. En el caso de la inflación, lo practican las corrientes políticas mayoritarias (neoliberalismo y populismo). El neoliberalismo postula “emisión monetaria - distorsión de precios relativos”; el populismo, “puja distributiva – deterioro de ingresos”.

A pesar de lo burdo de estos fundamentos, esas corrientes políticas, obtienen rotundos apoyos electorales, pues los receptores del mensaje están influenciados por las mismas pautas culturales. Sin embargo, sus reiterados y estrepitosos fracasos, hacen posible, el surgimiento de algunas tímidas reacciones.

Las más difundidas, asignan a la inflación causas múltiples y efectos inerciales. Es decir, suponen la existencia de diferentes causas o disparadores (monetarias, cambiarias, externas, expectativas, etc.). Y en la medida de su aparición, van creando escalones superiores de esa inflación. Y luego, cuando algunas de las causa desaparece, nunca retroceden. Algunos denominan esta combinación de multi-causalidad e inercia, como “inflación crónica”. Incluso el FMI, principal difusor del pensamiento neoliberal, cuando hace referencia a la inflación, ha incorporado la multi-causalidad en su vocabulario.

3.4.1.1.-Multicausalidad

Aun cuando se trata de una mayor aproximación a esa problemática, nunca podría asimilarse a una “teoría”. Se trata de una mera descripción y esto conlleva serias limitaciones. Mencionar la existencia de multi-causalidad, solo significa un listado de causas. Y en muchos de los casos, ni siquiera hacen referencia a la composición de esa nómina. Y cuando es explicitada, no lleva adosado ningún fundamento respecto a cómo realizó el proceso de selección y exclusión.

Se trata de una mera descripción del fenómeno. No contiene, ni su identificación, ni su especificidad en un país y tiempo histórico determinado. Tampoco la ponderación de su influencia en cada coyuntura. No puede resultar extraño que un diagnóstico de esas características resulte fallido, y en una magnitud tal, que en lugar de “curar al enfermo”, complica su situación.

Bajo tamaña limitación, esas descripciones ni siquiera pueden resultar la “punta del hilo”, para generar una teoría acerca de los procesos de reproducción del fenómeno inflacionario. Una teoría no solo sólo debe describir el fenómeno, sino también ofrecer claros indicios acerca de cómo llegar a quebrarlo.

Por ende, aun cuando esa multi-causalidad supera los planteos habituales, no representa un verdadero diagnóstico. Incluso quienes lo sostienen, también rechazan hacerlo a partir de suponer la existencia de procesos reproductivos. Es rechazado por anticientífico, en el ámbito académico; y por “cientificista” en el ámbito político.

Éste último considera su análisis “político” (subjetivista, voluntarista y simplificador), como el verdadero análisis crítico y superador, respecto al apoyado en conclusiones académicas. Y lo ejecuta, reemplazando la instancia analítica por “su” ideología.

Aunque el planteo multicausal resulta un avance, permanece prisionero del criterio cultural dominante, pues supone sólo relaciones causa-efecto, y en una sola dirección. De hecho, están rechazando un concepto clave en el conocimiento de la naturaleza y la sociedad: la existencia de una retroalimentación permanente, donde todos los factores intervinientes, son causa y efecto de manera simultánea.

Pero, en el contexto de una búsqueda compulsiva de causas y efectos únicos, la multi-causalidad es un avance. Permite introducir el debate sobre las acciones concretas a realizar contra la inflación. P.ej., aparece la necesidad de elaborar políticas “integrales”. Pero los famosos “planes de estabilización”, aduciendo ese carácter, están limitados a la dimensión económica, e incluso solo a su corriente financiera y en su nivel de superficie (monetarias-fiscales-cambiarias-ingresos). También hace posible surjan debates acerca de la instrumentación de las políticas. P. ej., “shock versus gradualismo”.

Comienzan a aparecer conceptos, imprescindibles, pero demasiado obvios. Son tales como la necesidad de coordinación y convergencia de las políticas. Pero llegar sólo a esto, cuando se ha vivido desde hace décadas, la experiencia inflacionaria más atroz de la historia económica mundial, resulta una demostración palpable del nivel de atraso conceptual y la potencia de las deformaciones culturales existentes.

De esos muy limitados avances, surgen los “planes de estabilización”. Sin embargo, también terminan fracasando. Su error radica en la percepción de una realidad, no solo unidimensional (economicismo), sino también de un solo nivel, el de superficie y bajo relaciones causales. Para ellos, todo fenómeno detenta, una sola cota; aquella posible de ser reflejada de manera estadística; y conteniendo relaciones causales en una sola dirección. Todo otro nivel, del cual no resulte posible recopilar estadísticas, no existe, ni puede llegar a existir. Sería “creer en fantasmas”.

El criterio multicausal sigue implicando relaciones causa-efecto, es decir un rechazo implícito, no solo al concepto de retroalimentación, sino también a la existencia de diversos niveles de la realidad. Solo existe el nivel, al cual es posible acceder mediante una medición estadística. Es el nivel, el cual hemos denominado como “de superficie”. De hecho rechazan la existencia de niveles subyacentes, a los cuales solo es posible acceder mediante una teoría. Y de paso, están rechazando, y de manera radical, la necesidad de una teoría.

De esa manera, nunca sería posible visualizar, y menos aún actuar, sobre los factores estructurales existentes tras relaciones superficiales y medibles. Incluso, cuando a veces se topan con ellos (dependencia, productividad, competitividad, integración intersectorial, etc.), se cuidan de mencionarlos. Justamente, ignorarlos hace posible a esos procesos tras la inflación, proseguir libremente su camino reproductivo, Y terminan, temprano (caso del plan austral), o tarde (caso de la convertibilidad), quebrando el frágil dique de contención armado por vía de esos planes de estabilización. Sólo pueden aspirar a frenar la inflación de manera temporal, pero siempre realimentando su potencial futuro.

Y fallan tanto en la instancia analítica como en la acción concreta. En la fase de diagnóstico, el error deriva de considerar la multi-causalidad solo como una mera sumatoria. Nunca se plantean como hipótesis (teoría), la existencia de fenómenos reproductivos donde todos los elementos intervinientes son causa y efecto, de manera simultánea. De allí nunca podría surgir un verdadero diagnóstico, fundamentado en los factores dominantes de cada coyuntura, y con ello elaborar una estrategia específica.

En la fase de la acción concreta de esos planes de estabilización, aparecen políticas con pretensiones de integralidad y coherencia. E incluso podrían llegar a resultar útiles, en tanto se les asignara un objetivo temporal intermedio. P. ej., lograr una “ventana de tiempo”, un “respiro”, a fin de permitir trabajar sobre los factores estructurales, sin la presión acuciante de sus muy graves e inmediatos efectos sociales.

Pero estos planes de estabilización, al obtener un éxito temporal parcial, incluso con descensos abruptos de la inflación, se consideran de objetivo cumplido y nunca nadie intenta ir más allá. Mientras, en ese lapso, ninguna de las medidas implementadas ha actuado sobre los procesos estructurales, y éstos pueden proseguir libremente su marcha reproductiva, y terminan por quebrar las débiles barreras creadas.

Y esas deformaciones vuelven a expresarse, una y otra vez en superficie, entre otras, bajo la forma de inflación. El síndrome cultural dominante, la negación de la existencia de procesos y su retroalimentación, está siempre presente.

Las consecuencias en el debate político, resultan más graves aún. El neoliberalismo rechaza de plano la existencia de la multi-causalidad. De esa manera ni siquiera intenta planes de estabilización, y plantea, lisa y llanamente, la dolarización o el bi-monetarismo como alternativa a una eventual mega o hiperinflación. El populismo, por su parte, utiliza el argumento de la inflación como fenómeno multi-causal, pero no para avanzar desde esa descripción hacia una teoría científica, sino para negar de plano la existencia del fenómeno monetario como causa.

Y su fundamento es “político”. Se trata de oponerse a la causa sostenida por el designado “enemigo” de turno: el neoliberalismo. Negar el impacto monetario, solo fundamentado en la existencia de “otras” causas, resulta una burda simplificación equivalente a la convicción neoliberal de la causa monetaria como la única posible.

La exclusión de la emisión monetaria como causa inflacionaria por parte del populismo, conlleva un mensaje implícito: la posibilidad de una emisión infinita a fin de solucionar cualquier problema mediante la intervención del estado vía subsidios (productivos, sociales, etc.). Incluso supuestamente “demostrada” por la ya mencionada experiencia estadounidense (Ver punto 2.1.2.1.)

Y ambas corrientes hacen su contribución a la “grieta”. La crítica mutua, no es por la búsqueda de una causa única, sino por la exclusión deliberada de la causa considerada “propia”. Si permitimos, incluso participamos de este burdo nivel de debate, no deberíamos quejarnos acerca de la inflación existente y sus graves consecuencias.

Otro avance en el debate de similar sentido, resultan de la experiencia concreta de los agentes económicos. Intensos debates de hace décadas, acerca de algunos tipos de causas, ya ni siquiera son mencionados: inflación de demanda versus inflación de costos; inflación por “carrera” de precios y salarios, etc. La cruda y sistemática experiencia, sobre todo en Argentina, ha demostrado, son factores mutuamente realimentados. Y al menos, como “causas” únicas y/o determinantes, se han diluido.

3.4.1.2.- Inercia

El termino de inercia, aplicado a la inflación está tomado de la física newtoniana y por ende conlleva el criterio de causa-efecto. Fue desarrollado por investigadores de Brasil (Plan Cruzado). En Argentina, el concepto fue aplicado al Plan Austral (1985) y al Plan de Convertibilidad (1991).

Esa inercia existe, pero es una percepción a nivel de superficie, de múltiples causas que actuando de manera superpuesta o sucesiva, van creando niveles cada vez más altos de inflación. En ningún caso retroceden, aun habiendo desaparecido su factor generador.

Pero esos factores, provenientes tanto de los procesos como de las propias políticas, son considerados como independientes. Nunca enlazados, y menos por retroalimentación. Bajo esa mirada nunca podríamos acceder a los procesos.

Y la idea de inercia y multi-causalidad están férreamente unidas. Los distintos precios de la economía se van adaptando a los procesos inflacionarios pero de manera diferencial. Allí intervienen formas de mercado de cada producto, la proporción de componentes importados, el nivel tecnológico, el tamaño de las empresas, la orientación de la política económica, la modificación de los factores macroeconómicos, etc.

Esto hace posible la incidencia de decenas de factores, donde cada sector, región o grupo social, en la medida en que van apareciendo condiciones favorables, tratan de recuperar su mejor precio relativo histórico, impulsando de manera sucesiva los precios.

Esto significa el intento de recuperar los mejores ingresos y/o rentabilidad histórica de cada grupo sectorial, regional o social, y choca con el límite del valor agregado total, sobre todo en las condiciones dominantes en la periferia. Para ocurrir ese “milagro”, sería necesario multiplicar varias veces el producto total de la economía.

El efecto inercial, conlleva causas múltiples. El encadenamiento de precios se produce por expectativas respecto al tipo de cambio; por influencia de los precios internacionales en la formación de precios internos; por reemplazo de la ganancia capitalista en contextos estructurales deformados; por la manipulación de variables macroeconómicas (balance fiscal y externo), por la existencia de contratos indexados; y decenas de casos más.

Y las políticas instrumentadas realimentan esa inercia. Es el caso de la indexación legalizada, las políticas de ancla antiinflacionaria, de manipulación de la tasa de interés. Las supuestas políticas antiinflacionarias realimentan ese proceso.

El caso más notable en Argentina es el de la indexación. De manera formal o informal, a lo largo de décadas, garantizó la continuidad del proceso inflacionario, produciendo entre otras, la profundización de las distorsiones estructurales. Aunque la ley de convertibilidad prohibió la indexación (artículo 10 de la ley 23.928, aun legalmente subsistente), no puede haber duda respecto a su continuidad informal en la práctica económica, ahora impuesta, no solo por leyes específicas (alquileres p. ej.), sino también como práctica gubernamental (tarifas y precios regulados), y por el mercado (remarcación permanente)

Las políticas de “ancla” tienen efecto similar. Son establecidas para “pisar” precios claves (tarifas de servicios de infraestructura, tipo de cambio, combustibles, etc.) y así atenuar las disparadas inflacionarias, pero terminan provocando inflación inercial.

Y el índice de precios, coyunturalmente puede arrojar un valor “atenuado”, e incluso verdadero como promedio entre una inflación núcleo disparada y tarifas congeladas. Sin embargo resulta artificial, dada la existencia de una inflación “reprimida”. Y a la hora de no poder soportar la presión provocada por esa deformación de precios relativos y “sincerarlos”, por decisión oficial o por accidente, aquel “dique de contención”, pasa a resultar “impulsor” de la inflación.

El juego, históricamente reiterado, del tipo de cambio y tarifas, primero congeladas durante mucho tiempo y luego liberadas de manera explosiva, explica gran parte de la historia inflacionaria en Argentina. El propio acuerdo actual con el FMI conlleva el compromiso de indexar variables claves de la economía tales como tipo de cambio, tasa de interés y tarifas de servicios públicos.

Otra política realimentadora de la inercia resulta de la política de aumento de la tasa de interés, en contextos inflacionarios. Se ejecuta para “enfriar” una economía supuestamente “recalentada” y de esa manera limitar la tendencia hacia la dolarización de los activos y el incremento de la brecha cambiaria. Sus efectos inmediatos, recesión e inflación. Recesión por el aumento de la tasa de interés de los préstamos e inflación por la mayor emisión para el pago de intereses de la deuda pública y bonos de absorción monetaria, realimentan la inflación.

También provoca impactos inflacionarios el anuncio anticipado de un congelamiento de precios. Los empresarios tratan de mejorar su posición relativa al ingresar en ese periodo, a fin de generar un “colchón” de precios tendiente a limitar una eventual pérdida de ingresos. Y al finalizar ese periodo (famoso “día 121”), las expectativas de una eclosión, no deja alternativa a proseguir con el congelamiento, y sus nefastas consecuencias sobre la deformación de los precios relativos, el desabastecimiento, la reduflación (modificar marcas, etiquetas, contenidos), y maniobras equivalentes, cuya corrección incidirá, a su vez, en la inflación futura.

El listado de políticas “antiinflacionarias” provocando mayor inflación es infinito. Y en Argentina, a partir de burdos ideologismos, sostenidos por las corrientes políticas mayoritarias, a la manera de una fe religiosa, han sido ensayados, no algunos, sino todos ellos. Sus resultados están a la vista.

3.5.- Una visión alternativa

Enfrentemos el problema. No poseemos la clave de una alternativa a la política antiinflacionaria. Y esto radica en la ausencia de diagnósticos objetivos. En la mayoría de los casos, las batallas contra la inflación, surgidas en el ámbito de la política, promueven medidas concretas basadas sólo en ideologismos, sin diagnóstico previo alguno. Y no les hace falta pues la potencia de “su” ideología, provee ese reemplazo.

Los casos más difundidos suponen la existencia de causa única o al menos dominante, bajo el mandato político o académico de la simplificación. En los grupos políticos mayoritarios, sobresalen, el exceso de emisión monetaria entre los neoliberales, y la puja distributiva en el populismo.

Y aun cuando ese diagnóstico, es intentado, e incluso formalizado, desde algún ámbito académico, también se encuentra afectado por el contexto cultural. Son realizados a partir de suponer la existencia de solo relaciones causales, es decir, captadas en su nivel de superficie y con una dirección determinada. Y cuando a ese menú, se lo complementa con la exigencia académica de simplificar, terminan también definiendo causas y efectos únicos o dominantes.

La consecuencia, de ambas tendencias (académica y política), es la adopción de políticas orientadas a superar los efectos de esa causa única mediante políticas de restricción monetaria o de control de precios. Y hasta lograrlo, atenuar sus efectos mediante liberar precios o compensar la pérdida de poder adquisitivo, respectivamente.

Sin embargo, ninguna de esas políticas llega siquiera a rozar las deformaciones estructurales existentes tras los procesos inflacionarios. De esa manera, pueden proseguir libremente con la reproducción de los procesos y terminan arrasando con las contradictorias y endeble barreras de contención creadas.

La sistemática ausencia de diagnósticos referidos a la problemática estructural reproduciendo una y otra vez el proceso inflacionario, impide diseñar políticas eficaces. En mi caso, limitaciones físicas, intelectuales y psicológicas, me impiden reemplazar lo inexistente. A lo sumo, a partir de una crítica a los enfoques prevalecientes, intentar señalar las falencias existentes, y como éstas pueden orientarnos hacia una alternativa superadora.

3.6.- Orientaciones para una política alternativa.

Analizaremos, de manera sucesiva la necesidad de ubicar a Argentina en el entorno mundial, y en la temática específica de la inflación, y a partir de allí, los lineamientos, tanto en la instancia analítica como las acciones concretas.

3.6.1.- Argentina en el entorno mundial

Así como los factores estructurales reproducen procesos (de crecimiento o atraso; de pobreza o riqueza), también lo hacen con estabilidad de precios o inflación. Existen decenas de disparadores posibles para poner en marcha el proceso inflacionario. Son anomalías propias del capitalismo, y específicas del área periférica.

Entre las propias del capitalismo, distinguimos las de origen (contradicciones sociales, desarrollo diferencial inter e intra flujos –real y financiero-, etc.), y las provenientes de las transformaciones de ese capitalismo, tales como concentración monopólica, globalización, saltos disruptivos de las fuerzas productivas, etc.

Entre las deformaciones de origen afectando el proceso inflacionario, se destacan los riesgos derivados del sobredimensionamiento del flujo financiero. Aunque en la fase naciente del capitalismo pudo ser contenida por el régimen mundial del patrón oro, su ruptura obligo a reemplazarlo. Fueron creados bancos centrales en cada país a imagen y semejanza de la experiencia del Banco de Inglaterra, cuya evolución en el siglo XIX, desde banco de emisión, fue incorporando otras funciones, y se convirtió en un banco central bajo criterios similares a los actuales.

El Banco de Inglaterra, hacia mediados del siglo XIX, ya detentaba funciones adicionales a la clásica de emisión monetaria. Fueron tales como regulación del sistema bancario y acreedor de última instancia, es decir, la posibilidad de emitir sin ingreso de oro.

A partir de la ruptura del patrón-oro, hasta ese momento un freno a la tendencia hacia la descompensación entre los flujos financieros y reales, sobrevinieron largas cadenas de crisis hacia adentro del flujo financiero. Entre las más importantes, la supremacía del dólar como moneda internacional a partir de 1947, la ruptura de la relación dólar-oro en 1971, la descompensación mundial entre flujos financieros y reales, en el 2008, etc.

Y no solo dentro del flujo financiero y sus efectos retroalimentados con el flujo real, sino también hacia adentro de éste último. Fueron tales como, cambios abruptos en la orientación de los flujos internacionales de capital, fenómenos de sobreinversión y subconsumo, modificación abrupta de precios relativos de insumos difundidos (minerales, energía y alimentos), cambios en la estructura productiva por tecnologías, guerras, etc.

Actualmente, en ese flujo real, influyen los cambios radicales de la tecnología, en particular, la digitalización, ya inserta en todo el espectro productivo y haciendo posible pasar de una tecnología de rendimientos decrecientes a una de rendimientos siempre crecientes. Esto pone en tensión todo el proceso económico e institucional.

Tensiones en la dimensión económica, debido a una rentabilidad, astronómica y muy concentrada. Tensiones en el plano institucional, con crisis equivalentes a cuando la máquina de vapor aceleró la transformación desde formas feudales hacia formas capitalistas. Y esas tensiones aparecen en la superficie bajo la forma de un choque institucional entre los grandes estados (en particular Estados Unidos, Unión Europea y China) y las grandes tecnológicas, debido a la captación de impuestos y la regulación de sus actividades.

Estas crisis, provenientes de las contradicciones del capitalismo, tanto de origen como de su evolución, afectan a todos los países del mundo, generando, entre otros, efectos inflacionarios. Pero en el área

periférica, estos factores están potenciados por los problemas específicos derivados de su formación histórica.

En ese sentido se destaca su ingreso a los flujos comerciales de la economía mundial, de manera abrupta y tardía, luego de permanecer durante siglos bajo formas coloniales. Sin embargo, en la mayoría de los casos, en lugar de utilizar independencia soberana para revolucionar su estructura productiva, tal como fue lo realizó EE.UU. en el siglo XIX, se limitaron a adaptar las condiciones productivas coloniales, a las formas salvajes y agresivas del comercio mundial.

Esto ha generado profundas deformaciones estructurales en la periferia. Y al retroalimentarse con las específicas del capitalismo, tanto las de origen, como las derivadas de su evolución, potencia efectos tales como, inflación, atraso y pobreza.

Y Argentina, es uno de los casos más relevantes de la periferia. Detenta el muestrario completo de problemas derivados de un alto grado de dependencia de su economía respecto a la economía mundial: mercados, precios, tecnología, flujo de capitales, deuda, etc. La combinatoria de las deformaciones estructurales propias del capitalismo (de origen y evolución), con las específicas de la periferia, generan graves deformaciones estructurales adicionales. Y surgen al comparar las estructuras resultantes con sus equivalentes en los países centrales.

3.6.2.- Las cuestiones estructurales

Justamente, lo más relevante del debate actual sobre inflación, deriva de jamás mencionar estas cuestiones estructurales, ni siquiera cuando se defiende un interminable listado multicausal como generador del proceso inflacionario. Y ese burdo desconocimiento es practicado, tanto por la academia como por la política.

A lo sumo llegan hasta sus manifestaciones estadísticas de superficie, pero jamás a los procesos estructurales existentes tras ellos, alimentadores de su deformación y provocando las profundas diferencias centro-periferia. Mencionemos algunas, a título ejemplificativo.

- Baja proporción de producción de bienes de capital respecto a la de bienes de consumo
- Bajo nivel de integración inter e intra, sectorial y regional
- Sectores de baja y nula productividad reduciendo su nivel global
- Sectores y regiones con reducida competitividad internacional
- Desequilibrios regionales
- Estancamiento y bajo valor agregado de las exportaciones
- Importación prevalente de bienes industriales de mediana y alta tecnología
- Desindustrialización
- Desnacionalización de sus capitales
- Débil generación de empleo productivo
- Alta proporción de informalidad en el trabajo
- Deterioro sistemático de todo tipo de ingresos (salarios, jubilaciones y subsidios)
- Crecimiento de los niveles de pobreza e indigencia
- Necesidad permanente de endeudamiento y con un alto nivel acumulado
- Dificultades para acceder al crédito externo
- Crédito interno muy limitado y de alto costo
- Ineficiencia del gasto público
- Sistema impositivo regresivo
- Sistema previsional quebrado

- Alta volatilidad de los precios relativos
-

En lugar de analizar estos procesos reproductivos subyacentes, solo se examinan los fenómenos posibles de ser registrados estadísticamente. En pobreza, p. ej., la correlación estadística entre nivel de vida y nivel de actividad. Nunca el proceso autónomo de reproducción de la pobreza por vía del acceso al trabajo formal, a la alimentación, salud, sistema educativo, y similares.

Bajo esa mirada superficial, al activar políticas, éstas, en el mejor de los casos, sólo podrían llegar a atenuar sus efectos en el corto plazo, pero lo potencian en horizontes mas prolongados. Y si encima se aplican de manera pendular, en lugar de superar problemas, los profundizan en gran escala.

Un ejemplo concreto de este reemplazo de cuestiones estructurales por aspectos superficiales lo encontramos en el caso del neoliberalismo. Remarcan como causa única de la inflación la emisión monetaria derivada del déficit fiscal. Un supuesto problema estructural. Pero ése déficit resulta sólo de una operación aritmética. Nada más superficial.

Esa vía garantiza la imposibilidad de llegar a los procesos originarios de ese déficit fiscal. Son procesos auto-reproductivos, y “obligan” a sobre-emitar en una magnitud superior a la demanda monetaria agregada por motivos de ahorro, transacciones y especulativa.

El déficit fiscal, un mero resultado aritmético, nada nos dice acerca del nivel de ingresos por impuestos, su composición y sus efectos (progresividad, inversión, consumo, etc.); nivel de egresos, su composición y efectos (redistributivos, eficiencia, etc.); ni cómo se financia ese resultado. Y menos aún, de los procesos subyacentes generadores de esas deformaciones.

Nunca son explicitados los fenómenos estructurales existentes tras la evidencia del déficit fiscal: inexistencia de excedente económico, sistema impositivo débil y regresivo, incapacidad administrativa de recaudación, demanda sobredimensionada de gasto público para cubrir deformaciones sociales, productivas, y similares.

En el caso del déficit externo, llegan a excluir del análisis la propia expresión estadística de superficie: el saldo de la cuenta corriente del balance de pagos. No solo ignoran de plano el déficit externo sino también subrayan la imposibilidad de su existencia como cuestión estructural, pues desaparecería con solo practicar políticas aperturistas (neoliberalismo), o con solo una férrea voluntad de impedir la fuga de capitales (populismo). Nada menos que el déficit de divisas y la brecha cambiaria, quedan fuera del análisis de la inflación

Unos confunden (¿ignorancia?) el ingreso transitorio de divisas especulativas, (luego escapan frente al mas mínimo problema interno o internacional), con el ingreso definitivo de divisas genuinas provenientes del saldo en cuenta corriente del balance de pagos. Los otros, con meros decretos, creen poder limitar la fuga de capitales.

Todo el listado multicausal provoca inflación. Sin embargo, cada una de esas supuestas causas, es solo la exteriorización estadística en superficie de los procesos. Mientras el impacto cultural lo deje fuera del ángulo de visión, nunca podrán ser detectadas, y menos aún intentar quebrarlos.

Tratar solo la manifestación en superficie de los problemas estructurales, imposibilita a las políticas derivadas de ese análisis, poder superarlos. En el mejor de los casos, ejercerán un efecto paliativo inmediato. Pero a mediano y largo plazo, esos procesos, al proseguir libremente su marcha, y profundizarán las deformaciones estructurales.

En Argentina, uno de los casos más definidos de economía periférica, la inflación se ha convertido, no en un problema más, sino en “el” problema. Con solo; comparar sus precios relativos internos con los

de cualquier país del mundo; tener en cuenta la eliminación de 13 ceros (y próximo a sacar algunos mas) para resultar números manejables; y computar 17 años continuos de inflación de tres o más dígitos – mega e hiperinflación- , estamos definiendo un caso único a nivel mundial.

Resulta sintomático como, a la hora del diagnóstico del caso de Argentina, tanto global como en el caso específico de la inflación, la sociedad, en segmentos claves (corrientes políticas mayoritarias, medios masivos de comunicación, ámbito académico, empresarial, etc.), las cuestiones estructurales más elementales de una economía capitalista y dependiente, resultan ignoradas.

Nadie se pregunta cómo resulta posible, a través de décadas, un nivel de inversión no pudiendo cubrir siquiera la reposición del capital. Su resultado: una sistemática desinversión, el versus de la acumulación, el aspecto más sobresaliente del capitalismo.

Nadie se pregunta por qué el volumen relativo de préstamos bancarios al sector privado (prestamos/PBI) se ubica, desde hace décadas, en el mismo nivel de los países más atrasados del África. Sobre todo, cuando el crédito bancario es un pilar del funcionamiento capitalista. Y no solo crédito bancario, también la casi inexistencia de un mercado de capitales (operaciones primarias de bolsas y mercados), un fenómeno propio y característico del capitalismo.

Nadie se pregunta el porqué de la diferencia abismal en reservas de Argentina respecto a Brasil. Con reservas nominales de alrededor de 45.000 millones de dólares, las de libre disponibilidad están siempre oscilando alrededor del cero. Brasil, por el contrario detenta reservas brutas superiores a 300.000 millones de dólares.

Nadie se pregunta porque en el mundo no existen casos equivalentes al de Argentina, con una caída sistemática del producto por habitante y una persistente alta inflación, a lo largo de décadas

Y si nadie se hace este tipo de preguntas, estamos ante un problema, no solo “económico”, sino también cultural, con las consecuencias ya experimentadas.

3.6.2.1. Una pequeña digresión “estructural”

Repetimos una referencia ya realizada en las reuniones del año anterior. Nuestro criterio referido a problemas estructurales, no tiene relación alguna con las “reformas estructurales” postuladas por el neoliberalismo. Esas reformas, están orientadas a eliminar regulaciones de tipo previsional, laboral, crediticia y fiscal -gasto público, impuestos y coparticipación-.

Hacen referencia a la eliminación de toda norma “intervencionista”. A éstas, de partida, y sin necesidad de prueba alguna (sería “algo evidente por sí mismo”) se le atribuye la responsabilidad central de cualquier problema actual o futuro.

Y se convierte en algo compulsivo. Llegan al extremo (¿porque en Argentina resulta tan fácil caer en eso?) de postular la eliminación de las funciones regulatorias del banco central, un ente creado como respuesta a las crisis de la fase naciente del capitalismo. Ha sido utilizado para superar las recurrentes crisis financieras y lograr la subsistencia del capitalismo.

Pero aun esa “furia desreguladora” conlleva fundamentos objetivos. Existen graves problemas alrededor de las regulaciones existentes. Y derivan de haber sido realizadas décadas atrás. Aunque en aquella oportunidad, hubiesen sido compatibles con el estado de la tecnología, de las relaciones sociales, instituciones y factores culturales; en el transcurso de décadas, se han producido cambios radicales en todas esas dimensiones, en particular en la tecnología. Y esas normas, nunca actualizadas para adecuarlas a las nuevas condiciones, generan situaciones ridículas.

Debería plantearse, en lugar de una **des-regulación**, una **re-regulación**, a fin de adaptar las normas a las condiciones actuales. En su lugar se recurre a un burdo planteo desregulatorio en reivindicación de un imaginario “capitalismo perfecto”.

Nuestro criterio re-regulatorio, también se enfrenta a los planteos del populismo. Frente a las dificultades, sólo atinan a una defensa irrestricta de las regulaciones existentes. A lo sumo admiten profundizarlas pero siempre en la misma dirección original. Y cuando se trata de regulaciones surgidas en circunstancias históricas consideradas épicas, ya pasan a formar parte de la ideología, y como tal defendida de manera irrestricta.

Frente a ello, la corriente neoliberal sólo necesita mostrar las contradicciones. P.ej., una legislación laboral, caracterizada por su fuerte protección del trabajador, genera un sistemático crecimiento de la informalidad. Y con algo tan elemental, superan políticamente a un populismo, opuesto a toda adecuación de una legislación, que ya no puede proteger a casi la mitad de los trabajadores.

3.6.3.- La instancia analítica

Conlleva la necesidad de un diagnóstico integral y una “llave” para acceder a los problemas estructurales.

3.6.3.1.- Diagnóstico integral

Los diagnósticos deben ser integrales. Para ello debemos partir de hipótesis teóricas respecto a la existencia de una realidad objetiva de tipo multidimensional y multinivel. Supone el análisis de diferentes dimensiones interconectadas y procesos subyacentes retroalimentados.

Este tipo de análisis requiere superar no solo una visión economicista, sino también, parcializada dentro de esa misma dimensión. En ese sentido predomina, dentro de esa única dimensión, el análisis excluyente del flujo financiero. Una visión económica, aun siendo parcial, requiere revisar flujos y stocks, financieros y reales, donde las falencias fundamentales no provienen de uno u otros sino de su mutuo condicionamiento.

Y esa visión integral de la dimensión económica, debe vincularse, al menos con la dimensión social, institucional, ambiental y biológica. No tener en cuenta el efecto diferencial de la inflación sobre los grupos sociales es un absurdo. Lo mismo podemos decir respecto a la ausencia de análisis de las instituciones: formas de propiedad, sistemas monetarios, fiscales, crediticios, etc.

La cuestión energética pertenece a la dimensión económica. Sin embargo, no puede ser analizado al margen de sus efectos ambientales. A su vez, el medio ambiente no puede ser evaluado sin considerar sus efectos biológicos. Sin realizar estas vinculaciones, a la hora de las acciones concretas, el error está servido.

Se realizan análisis de un sistema impositivo “óptimo”, al margen de los grupos sobre quien recae el pago en última instancia y su ubicación social. También las formas institucionales resultan cruciales para el análisis del sistema financiero, y sin embargo son sistemáticamente eludidas. P. ej., analizar el crédito en Argentina sin realizar referencia alguna a la Ley de Entidades Financieras vigente, redactada de puño y letra por Alfredo Martínez de Hoz. Ni hablar acerca de cómo juega la dimensión económica, con la ambiental y biológica.

Se realizan análisis del ingreso (ingreso promedio de un país comparado con el resto), al margen de su distribución (por niveles, factores y grupos sociales) y de su capacidad de producción. En base a ello ubican a la Argentina de inicios del siglo XX, como una “potencia”. Pero hoy, en el ranking mundial de PBI por habitante, recién encontramos una potencia (Estados Unidos) en el puesto 10º de esa tabla.

Es posible, por aquellos años, Argentina haya encabezado el ranking de ingreso por habitante, pero, su distribución, capacidad de producción industrial, generación de tecnologías, organización institucional, etc., no eran precisamente las de una “potencia” y menos aún en aquella época, donde se destacaban países como Inglaterra y Alemania.

Y ese “economicismo” no solo ignora el resto de dimensiones de la realidad, sino también los diferentes niveles existentes tras cada una de esas dimensiones: de superficie y subyacentes. Incluida su interacción y reproducción permanente.

Y esa visión integral no está solo referida a las dimensiones y niveles. También abarca un elemento esencial, el tiempo a través del cual se producen los procesos de la sociedad. En todos los análisis económicos convencionales, la variable tiempo, ha sido arrancado de cuajo. Para integrar el factor tiempo al análisis debemos diferenciar todos los efectos de los procesos y de las políticas, en diferentes horizontes: corto, mediano, largo, y muy largo plazo.

Todos los debates hacen centro sólo en los efectos de corto plazo. Incluso, la mayoría de ellos, sobre todo, los provenientes del campo neoliberal, sólo consideran en un plazo “instantáneo”. El problema no se trata de si este truco se realiza, o por ignorancia o por una “maldad” consciente. El verdadero problema radica en no poder ser advertido por los receptores del mensaje.

Segar el largo plazo de la conciencia global ha sido uno de los “logros” más importantes del contexto cultural. Tan fuerte es ese efecto, que termina arrastrando al populismo tras él. Al reivindicarse como el versus del neoliberalismo, quedan atrapados en ese mismo cortoplacismo.

3.6.3.2.- El acceso a la problemática estructural

Así como el diagnóstico integral, necesita de criterios teóricos específicos (multi-dimensionalidad, multi-niveles, procesos reproductivos, puntos de inflexión, etc.), en el caso específico del acceso a los procesos estructurales de la inflación, también cobra importancia la cuestión teórica.

La evidencia de superficie del sistema socio-económica es el sistema de precios. Si suponemos un conocimiento que nunca podría (¿debería?) ir mas allá de la evidencia estadística, la estrategia a aplicar en la fase analítica solo analizará la determinación del precio, por medio de la oferta y demanda del mercado, típico del neoliberalismo. El populismo, por su parte, solo integra a ese esquema, el poder social relativo.

Por el contrario, si asumimos la hipótesis de la existencia de niveles estructurales subyacentes, para acceder a ellos, debemos partir, en lugar de la determinación del precio, del proceso de formación de los precios a través del proceso productivo. Todos los problemas estructurales mencionados (Ver punto 3.6.2.) se reflejan como deformaciones, y cada una de ellas, incide sobre los costos. Veamos algunos casos:

- Sobredimensionamiento de la etapa de comercialización
- Formas fantasmas de comercialización (caso productor-góndola en bienes sin procesamiento, circuito de la carne con un siglo sin actualizar, etc.)
- Tasas de interés positivas (superiores a la inflación)
- Sistema fiscal con primacía de impuestos trasladables al consumidor
- Alta proporción de insumos importados
- Bajo nivel de inversión por excedentes derivados hacia el consumo de bienes suntuarios, hacia la especulación y la fuga de capitales con impacto directo en la productividad del equipamiento (antigüedad, nivel tecnológico, etc.)
- Capacidad ociosa

- Alto nivel de concentración en mercados de insumos generalizados (siderurgia, combustibles, electricidad, aluminio, servicios de plataforma, etc.)
- Altos costos de logística y transporte por déficit infraestructura (camino, ferrocarriles, etc.) en el país ubicado en el lugar 8° del mundo por su extensión
- [...]

Este listado, en un país como Argentina, es ilimitado. Tras cada uno de los componentes del costo encontraremos, por un lado, las graves deformaciones estructurales, jamás siquiera rozadas por la política económica convencional, y por el otro, generadores de serias limitaciones. En lugar de intentar quebrar las deformaciones, esas políticas facilitan sus procesos de reproducción a mediano y largo plazo, garantizando la continuidad del proceso inflacionario.

El concepto de formación de los precios permite, no solo acceder a los problemas estructurales y sus procesos reproductivos sino también a su vigilancia. Habitualmente se realiza, pero basada en el criterio de puja distributiva como única causa de la inflación. De esa manera, el concepto de “vigilancia” no puede ir más allá de los índices de precios. Y cuando superan niveles considerados de riesgo, gatillan “congelamientos”, parciales o totales.

Pero esos precios son sólo un largo listado de precios finales al consumidor, Es decir, están ubicados en un plano bidimensional. Sin embargo, las deformaciones del sistema de precios a captar, no solo son diferentes según el producto sino también se presentan de manera diferencial a lo largo de los distintos segmentos del encadenamiento productivo (fases extractiva, industrial y comercial).

Por eso no debemos vigilar precios de un listado bidimensional sino precios en los nodos cruciales de cada uno de los encadenamientos. La visión de la formación de los precios adquiere una forma tridimensional.

Hacer vigilancia de precios, sobre los segmentos del encadenamiento productivo, complementado con información física –cantidades producidas, ventas, stock, etc. -permite una visión de la formación de los precios, nunca posible a través de un mero listado de precios finales al consumidor, por más extenso que resulte. Y permitiría ubicar, de manera instantánea, las modificaciones de precios finales de cada cadena y en cada uno de sus eslabones.

Y de esa manera poder actuar rápidamente. No sobre un infinito número de causas posibles (multicausalidad) sino la concreta, generadora de esa desviación, a fin de evitar efectos de arrastre y contagio, hacia adelante o hacia atrás de ese encadenamiento, y desde allí al resto de las cadenas de precios.

Por otra parte, esta metodología de seguimiento de precios a través de las relaciones intersectoriales, genera aprendizajes y hará posible conocer la prevalencia de causas específicas en cada coyuntura, y por ende, permitirá realizar políticas antiinflacionarias, cada vez más abarcadoras.

Incluso podremos identificar los eslabones “fantasmas” del encadenamiento, captando una porción del precio al consumidor, pero sin agregar valor alguno. De esa manera puede generar políticas para establecer encadenamientos alternativos, sobre todo en el segmento de comercialización. Es el caso de segmentos del circuito cárneo; del circuito entre productor y góndola en frutas y verduras, etc.

3.6.4.- Instancia de las acciones concretas con efecto directo

Así como la instancia analítica exige criterios teóricos específicos para llegar a diagnósticos integrales y acceder a las cuestiones estructurales, la instancia de las acciones concretas exige políticas con efecto directo sobre el objetivo.

El grueso de los instrumentos habitualmente utilizados por las diferentes corrientes políticas y económicas, son de efecto indirecto. Sólo intentan inducir ciertos comportamientos de los agentes econó-

micos, considerados positivos por la cultura dominante. En base a un sistema de “premios y castigos”, lograr efectos de crecimiento, redistribución de ingresos, estabilidad financiera, etc.

Sin embargo, a la hora de instrumentarlos, nadie tiene en cuenta el contexto estructural. Son políticas con éxito relativo en economías centrales, pues frente a las deformaciones de origen y de evolución, con sólo regulaciones actualizadas, al menos hasta ahora, han logrado mitigar los problemas. Por el contrario, en los países periféricos con deformaciones estructurales específicas, la mayoría de ellas derivadas de su largo pasado colonial y su ingreso tardío y abrupto al capitalismo mundial, no solo limita los potenciales efectos positivos de esas políticas indirectas, sino también producen efectos opuestos sobre el crecimiento, la distribución del ingreso y la estabilidad.

Y ese fenómeno está presente cuando, a manera de excusa frente al fracaso, se aduce la “falta” o “deterioro” de los instrumentos: “el gobierno se quedó sin anclas”. Sin embargo, nadie indaga acerca de por qué sucede esto.

En ese contexto, intentar inducir a los agentes económicos no solo es casi imposible, sino también conlleva efectos perversos. Por el contrario, debemos intentar instrumentar medidas destinadas a quebrar los procesos generadores de las deformaciones estructurales. En ese sentido, solo caben medidas de efecto directo, todas ellas con efectos drásticos orientados a romper de cuajo los factores estructurales y sus procesos reproductivos.

El debate habitual “shock versus gradualismo” implica no asumir las condiciones actuales luego décadas de acumulación de deformaciones. Aplicar un criterio de shock, no es una cuestión ideológica, sino una necesidad vital, para salir de condiciones estructurales ya existentes. Las medidas de acción directa, son por naturaleza, de shock, con efectos muy definidos y drásticos.

Y estas nunca podrían surgir, de las actuales prácticas académicas y políticas. E incluso serían rechazadas de plano. La academia, por razones “científicas”, pues no estarían apoyadas en correlaciones estadísticas, sino en supuestos teóricos acerca de cuestiones estructurales. Y éstas se encuentran totalmente fuera de su ángulo de visión.

Y un rechazo más fuerte aun, por parte de la política. No solo acude a premisas subjetivas como punto de partida para sus recomendaciones de políticas (libertades, ética, nacionalismo, derechos naturales, estado presente, etc.). También lo hace de manera compulsiva y extrema. Sólo intentan buscar “culpables” de carne y hueso, a fin de poder direccionar sus diatribas. Su “eliminación”, por ahora, sólo política, basta para hacer desaparecer el problema.

Ejercicio para la casa: encontrar la diferencia entre esto y la búsqueda de brujas en siglos anteriores, por resultar culpables de hechizos para producir sequías o pestes, a fin de quemarla en la hoguera y de esa manera terminar definitivamente con el sufrimiento causado por su maldad congénita.

Esos colectivos de pensamiento, rechazarán, y de manera violenta, cualquier medida de acción directa, pues son percibidas como una agresión sin límites, o bien a criterios académicos, consagrados como el summum de la ciencia; o bien a sus más íntimas convicciones ideológicas. Por ende, su instrumentación requiere, de manera ineludible, del mayor consenso posible, a fin lograr equidad en los esfuerzos y enfrentar políticamente, fuertes resistencias maceradas a través de décadas en el contexto cultural. Sobre todo en presencia de crisis multidimensionales como en la actualidad.

Esas medidas, en las visiones convencionales dominantes, serán percibidas como una “mezcla” de ortodoxia y heterodoxia. Una combinatoria de intervencionismo y liberaciones. Esto afectará los más íntimos “sentimientos” ideológicos de quienes se auto-adjudican como misión sagrada de su paso por la vida, impedir la “otra” variante. Y es de esperar, se lanzarán a oponerse, y de manera muy agresiva.

Tomemos como ejemplo de medidas con efecto directo, la vigilancia de las cadenas de precios para abortar de manera inmediata las deformaciones en su origen y de paso obtener indicios acerca de las causales prevalecientes en cada coyuntura, a fin de poder fijar políticas más globales. Una política de esa naturaleza requiere de otra medida drástica: una previa liberación de precios, a fin de poner en evidencia las deformaciones. La vigilancia de precios será rechazada por el neoliberalismo. La previa liberación de precios por el populismo.

Y ambo rechazos, serán acompañados de una agresividad sin límites, en nombre de principios ideológicos irrenunciables. Lamentablemente los procesos existentes tras la inflación, ignoran todas estas ideologías y prosiguen su avance de manera implacable. Sobre todo cuando las medidas adoptadas, tanto por la academia como la política, al ignorarlos, no colocan obstáculo alguno a su arrolladora marcha.

Nuestra confianza está depositada en los indicios existentes en el siglo XXI, acerca de una modificación del contexto cultural vigente en el siglo XX. Frente a una “catarata de crisis” simultánea y de las más diversas dimensiones, la conciencia global comienza a percibir el origen de los muy graves errores cometidos en materia de políticas públicas en temas tales como pobreza, ambiente y salud, etc. Además, cuando a esos cambios, son ubicados sobre el telón de fondo de los avances culturales y su depuración progresista en el largo plazo civilizatorio, resultan históricamente compatibles.

Una evidencia en la propia cima del flujo financiero mundial. El Gerente General del Banco Internacional de Pagos (BIS, por sus siglas en inglés), Agustín Carstens, cuando exige “pactos de renta” como única alternativa viable para enfrentar la inflación (El País, 06-04-2022).

Pero no solo cambios, sino también persistencia de las formas de pensamiento. Frente a la dimensión de los cambios necesarios, las críticas a las políticas ensayadas (lucha antiinflacionaria incluida) se limitan a cuestiones demasiado obvias, tales como: falta de consistencia, de coordinación, de alineación de expectativas, necesidad de ataque simultáneo, etc. Son reales, pero indicativas del burdo nivel, tanto de las políticas, como de las críticas realizadas. Y de la distancia de ambas respecto de nuestros planteos.

A modo de cierre.

Hasta aquí llega lo posible de extraer de los planteos metodológicos realizados en las reuniones del periodo 2001-02, y resumidos en la introducción. Aunque no satisfacen un listado preciso de “medidas” alternativas para un programa político, resulta una vía para llegar encontrarlas. Y exige esfuerzos, capacidades y formas de trabajo, fuera de mi alcance.

El aporte intentado se refiere a esclarecer acerca de encontrarnos ante caminos que no solo no conducen a ninguna parte, sino también, agravan los problemas. Y hacerlo en un momento donde comienzan a aparecer señales de “rebeldía” ante la academia y la política “establecida”, lo considero una pequeña contribución.

Córdoba, Marzo de 2023

Lic. Daniel Wolovick